

## Comarca

Este par de relatos, *casos o estórias*, al decir de Guimarães Rosa, habrán formado parte de *Primeiras estórias* (José Olympo, Río de Janeiro, 1962). Dicho volumen recoge, enumerados, 21 cuentos. “Famigerado” (*Famigerado*), lleva el número 2, y “Las cimas” (*Os cimos*), el 21.

Traducir o, si se quiere, traslucir las dichas de João Guimarães Rosa, a cualquier lengua, por la fuerza singular, indomesticable, de su textura, fuera, consabido, tarea llanamente imposible. Esta imposibilidad llama, por lo mismo, dobladamente a traslucir. ¿Hasta qué punto le habremos hecho una pizca de justicia a tal inmensurabilidad con este par de relatos en camino, en traslación? Aunque la pretensión (necesaria y a la vez, otra vez, imposible) de hacer (y aun *dar*) justicia a un texto poético no pudiera sino mostrar pronto sus indecidibilidades y aporías, comarcadamente en traslucine, tal vez haya que considerar esta vez, como concluye el narrador anónimo de “Las cimas”, en alusión al niño:

*Sonreía detraído: sonrisas y enigmas, suyos. Y venía, la vida.*

Andrés Ajens, Pirque, septiembre de 2023.

## Famigerado<sup>1</sup>

Fue de incierta data — el suceso. ¿Quién pudiera presagiar cosa tan sin pies ni cabeza? Estaba en casa, en tanto el caserío tranquilo. Detúvose a la puerta el tropel. Me asomé a la ventana.

Un grupo de caballeros. Es decir, mirando mejor: un caballero próximo, ante mi puerta, exacto, equiparado; y, entreverados, al lado, tres a caballo, homínidos. Todo, veloz, insolítico. Tomé aire. Ese caballero —el oh-hombre-oh— con cara de ningún amigo. Sé lo que la traza de la fisonomía fuera. Saliera y viera a ese hombre de morir en guerra. Me saludó seco, pesadamente conciso. Su caballo era alto, un alazán; bien arreado, herrado, sudado. Y entreví menuda duda.

Nadie se apeaba. Los otros, tristes tres, me habían mirado mal, y en el fondo ni miraban. Parecía gente recelosa, tropa desbandada; enflaquecidos, constreñidos — forzados, sí. Eso y eso, que el caballero sagaz aire de regirlos tenía: a medio-gesto, despreciativo, los intimó a tomar el lugar donde ya se desestribaban. Dado que el frente de mi casa se adentraba, metros, desde la línea de la calle, y de los dos lados avanzaba el cerco, formábase ahí tal indecandable, suerte de resguardo. Con lo cual, el hombre empujaba a los otros al punto donde serían menos vistos, en cuanto impediáales cualquier fuga; sin contar que, unidos así, los caballos apretujándose, no disponían de rápida movilidad. Todo considerara, aprovechándose de la topografía. Los tres serían sus prisioneros, no sus secuaces. Aquel hombre, para proceder de tal manera, solo podía ser un bravo sertanejo, un vero *jagunço*, hasta en la médula. Sentí que no me sería útil poner cara de ameno, ni dar muestras de temeroso. No tenía arma alguna al alcance de la mano. E incluso si la tuviera, no me fuera propicia. Como poniendo un punto en la i, él me aniquilaría. El miedo fuera ignorancia extrema en momento bien agudo. Oh el miedo, oh. El miedo — me meaba. Lo invité a desmontar; a entrar.

Dijo que no, siguiendo las costumbre. Manteníase con sombrero. Se veía que solía descansar en la montura — de veras relajaba el cuerpo para darse más a la ingente tarea de pensar. Pregunté: me respondió que no estaba enfermo, ni venía por receta o consulta. Su voz se espaciaba, en busca de más calma; tal el habla de la gente de más lejos, tal vez sanfranciscana. Conozco ese tipo de envalentonado que no alardea ni se jacta de nada. Pero desavenido fuera, raro, perverso brusco, capaz de disparar, de repente, por un es-y-no-es-nada. Muy suavemente, mentalmente, comencé a organizarme. Él habló:

— “Vine a preguntarle a usía una opinión suya explicada...”

Remarcara la ceja. Causaba otra inquietud, su espada de fierro, catadura de caníbal. Desarrugóse, empero, y como que sonrió. Luego, se bajó del caballo; ágil, de improviso. Acaso por darse el valor de mejores modales; ¿por habiloso? Tomó con la muñeca la punta del cabresto, el alazán estaba para descansar. El sombrero siempre en la cabeza. Un bruto. Pero

<sup>1</sup> *Famigerado*: término atestiguado en portugués, con variante en *Famígero*: del lat. *famigerato*; ‘que tiene fama’ (*boa ou mã*, precisa el Dicionário Globo), *famoso*, *célebre*, *notável* (el célebre *Aureliano* no difiere mayormente con el *Globo en este punto*). Vecino de *Famélico*, no solo por el orden alfabético sino también por la audible coyuntura paranomasia en portugués entre *fama* y *fome*, como también en los albores del romance castellano, entre *fama* y *fambre* (este último, la RAE aún lo trae como forma en desuso de *hambre*).

de ojos impenetrables. Y era para mucho. Era cosa de verse: estaba en armas — y de armas aseadas. Se podía sentir el peso de las balas, en el cinturón, que usaba bajo, para estar ya en el nivel preciso, su ademán, tanto que persistía con el brazo derecho listo, maniobrable, al acecho. Era la montura, cosa notoria, una arqueada urucuyana, difícil de hallar en la región, al menos no de tan buena factura. Todo de gente brava. Aquel dejaba vislumbrar sangre en sus tensiones. Pequeño, pero duro, grueso, enteramente de tronco de árbol. Su máxima violencia podía saltar en cualquier momento. Si al menos hubiese aceptado entrar a tomar un café, me hubiera calmado. Así, con todo, del lado de afuera, sin las gracias del huésped ni la sordera de las paredes, había de qué inquietarse, sin medida ni certeza.

— “Es que usía no me conoce. Damacio, de los Siqueiras... Estoy llegando de la Sierra...”

Sobresalto. Damacio, ¿quién de él no oyera? El feroz de relatos de leguas y leguas, con decenas de muertes al hombro, hombre peligrosísimo. Constando, también, acaso, que de un tiempo a esta parte él se serenara — evitaba lo por evitar. ¿Creyera, quién, pero, tales treguas de pantera? ¡Allí, ante mis narices, a un palmo! Proseguía:

— “Sepa usía que, en la Sierra, en lo recientemente, compareció un mozo del gobierno, rapaz medio estruendoso... Sepa que estoy con él en rebeldía... Porque no quiero nada con el gobierno, no estoy con salud ni en edad para eso. Muchos hallan que el muchacho es un tanto sin médula...”

De arrebató, se calló. Como si estuviera arrepentido de haber comenzado así de evidente. Contando que estaba ahí con el hígado en malos trances; pensaba, pensaba. Cabizmeditando. Tras lo cual, se resolvió. Alzó las facciones. Acaso sonriera: aquella crueldad de dientes. De encarar, no me encaraba, sólo fijaba la vista de soslayo. Latía un orgullo indeciso. Redactó su monólogo.

Lo que el irresuelto hablaba: de otras, diversas personas y cosas, de la Sierra, de San An<sup>2</sup>, de asuntos trabados, sin secuencia, dificultosos. La conversa era para tela de arañas. Yo tenía que seguirle las más pequeñas entonaciones, captar sus intenciones y silencios. Así, al cerrarse en el juego, sonso, de despistar, apostaba a los enigmas. E inquieto:

— “¿Usía me hace ahora la buena acción de quererme enseñar qué es *faz-me-gerado*... *fal-misgeraldo*... *familhas-gerado*...?”<sup>3</sup>

Dijo, de golpe, como trayendo entre dientes aquel fraseo. Sonó una risa seca. Pero, el gesto, que siguió, regíase por toda la rudeza, por su dilatada presencia, primitiva. Demoraba mi respuesta; no quería que la diese de inmediato. Y ahí ya otro susto vertiginoso me dejaba suspenso: alguien podía haber inventado alguna intriga, haber fingido atribuirme alguna ofensa contra aquel hombre; que, por mucho que él aquí se afamase, ¿viniera a exigirme, cara a cara, la satisfacción vejatoria?

— “Sepa usía que salí aún hoy de la Sierra, y recorrí sin parar, esas seis leguas, expreso directo, por mor de preguntarle la pregunta, por el claro...”

Si acaso fuera serio, lo era. Me asombraba.

— “Ahí, y por estos medios de camino, no hay nadie, ninguno con ciencia, ni hay quien

<sup>2</sup> São João, apócope acaso de São João (hay más de uno en Minas Gerais).

<sup>3</sup> *Faz-me-gerado*; lit. ‘me haz generado, o engendrado’; *familhas-gerado* suena a *familias-generado*.

tenga el legítimo — el libro que enseña las palabras... Es gente de información tuerta, para fingir menos ignorancias... Sólo tal vez el padre, en San An, capaz fuera, pero con los curas no me doy: ellos atraen con engaños... De bien. Ahora, si usía me hace merced, dígame, al pan, pan, al vino, vino, a lo perfeccionado: ¿qué es lo que es, lo que ya le pregunté?”

Acaso simple. Acaso digo. Transfuéronseme. Esos trices:

— ¿Famigerado?

— “Sí, señor...” — y, en voz alta, repitió, varias veces, el término, al fin con ímpetus de rabia, su voz algo fuera de foco. Y ya me miraba, interpelador, intimante — se me acercaba. Tenía yo que descubrir el rostro. — ¿Famigerado? Habité preámbulos. Aunque carecía de otro interín, de dilaciones. Como de socorro, miré hacia los otros tres, en sus caballos, hasta entonces calladitos, remudos. Pero, Damacio:

— “Usía declare. Esos de ahí son nada de nada. Son de la Sierra. Sólo vinieron conmigo, para dar testimonio...”

Sólo tenía que librarme. El hombre quería la pepita precisa; el vero verbo.

— “Famigerado es inocuo, es “célebre”, “notorio”, “notable”...”

— “Usía no vea mal la bastedad de mi no entender. Pero dígame: ¿es insolente? ¿Es de burla? ¿Es para aborrecer? ¿Fanfarronería? ¿Nombre de una ofensa?”

— Afrenta ninguna, ningún insulto. Son expresiones neutras, de usos varios...

— “Pues... ¿y lo que es qué es, en habla del pueblo, en lengua de día de semana?”

— ¿Famigerado? Bueno. Es: “importante”, que merece respeto, honra...

— “¿Usía lo garantiza, para la paz de las madres, con la mano en la Escritura?”

¡Si fuera cierto! Era para poner la barba en empeño. De puro diablo, entonces, sincero, dije:

— Míre: yo, como el señor me ve, con ventaja, uy, lo que quisiera un día de estos fuera ser famigerado — bien famigerado, ¡lo más que se pueda!

— “¡Ah, bien! ...” — exclamó, exultante.

Subiéndose a la montura, saltó como un resorte. Subió en sí, en tal desahogo, se desagrababa. Se sonrió, otro. Satisfizo a esos tres: — “Ustedes pueden irse, compadres. Ustedes oyeron la buena definición...” — y ellos, prestos, partieron. Sólo entonces se allegó, acercándose a la ventana, y aceptó un vaso de agua. Dijo: — “¡No hay como las grandezas machas de una persona instruida!”. ¿Fuera que, de nuevo, por un mero y mero, se turbaba? Dijo: “Lo que fuera; a veces lo mejor incluso, para ese mozo del gobierno, era irse lejos, si no...” Mas más sonrió. Su inquietud se hizo humo. Dijo: — “Tenemos cada manía errónea, de duda tonta, de esas desconfianzas... Sólo para agriar la mandioca...” Agradeció, quiso darme la mano. Otra vez aceptaría entrar en mi casa. Uy, pues. Picó espuelas, se fue, no pensaba ya en lo que lo trajera, tesis para reír en más, y más, la famosa cosa.